

# POR ESO TE QUIERO TANTO

Relatos Aparte



# Capítulo 1

## **POR ESO TE QUIERO TANTO**

Sentada en cuclillas mira temblorosa las losetas amarillo blanquecino de la bañera. Va a hacer falta que vuelva a repasar las juntas de la bañera, se dice mentalmente mientras pone los ojos en blanco. De un salto y sin pestañear, se incorpora y se sienta en la taza del váter. La aguja del minuterero sólo ha dado una vuelta desde la última vez que lo miró. Venga, joder, es la frase que rompe el transcurso de sus pensamientos. Junta sus manos en forma de rezo y apoya su frente en ellas con los ojos cerrados y sigue soñando. La alarma del móvil suena de golpe. Ansiosa, desengarza una de sus manos para coger de una el cachivache situado sobre la encimera del lavabo con tan mala suerte que éste cae al suelo entre sus pies frente a ella. Es positivo. Sus ojos se empañan de humedad y gotas de agua borbotean inesperadamente. Se levanta y se sitúa frente al espejo del baño. No se lo cree y mira fija y atentamente su reflejo. Empieza a sonreír y piensa que esto no debe contárselo todavía. Su aniversario es mañana.

Es la hora de comer y todavía Jose no ha llegado. Qué raro, piensa Toñi. Él nunca suele llegar tarde a casa. Siempre es muy puntual. Ay, dios. Otra pelea no, por favor. Otra más no. Toñi se lleva las manos a la cabeza y se muerde un extremo del labio inferior. Jose aparece por la puerta con un ojo morado cubierto por un pañuelo de algodón blanco medio ensangrentado que se sujeta con una de sus manos. Medio doblado entra dificultosamente al salón y Toñi lo abraza para sujetarlo y llevarlo al sofá.

- ¡Quita, coño! Yo puedo solo. – dice mientras cojea y se sienta en el sofá.-Otra vez lo de siempre, Toñi. El imbécil del hijo del jefe, que me lo pone para que le enseñe, pero si no sabe hacer nah. Es un inútil. Y yo no tengo paciencia, ya sabes que yo no. Y en el taller ahora hay tantas tareas que hacer. Es igual, ya no voy a tener que volver a verles las caras ni a él ni al imbécil de su hijo.

Toñi siente una angustia irrefrenable ante lo que está experimentando y corre hacia el baño. Al salir, limpiándose la boca con la cara exterior de la mano descubre que Jose está ya sentado a la mesa de la cocina.

- Venga mujer, ¿dónde está la comida? Tengo hambre.

En ese momento llaman al timbre y Toñi abre la puerta.

- Hola Toñi, venía a que me firmaras un paquete y de paso te he

subido unas cartas. – dice ruborizado el joven.

- Hombre, hola, ¿qué tal? – responde sonriente y con ojos brillantes Toñi – Pues ya está, firmado. Vaya, ¿no hay ninguna para mí?

- Pues de momento no tengo nada, pero en cuanto recibas algo te lo traigo. Ya sabes que siempre estoy por este barrio. – responde complaciente.

Al cerrar la puerta, Jose le grita a Toñi. Le grita que ya no puede más, que no sabe hasta cuándo va a poder aguantar. Que se pasa todos los días hablando con ese carterito que se cree modelo, que ha visto como flirtea con él y le jura con el dedo índice apuntándole a los ojos que la próxima vez será él quien lo reciba. Toñi no le responde, en cambio, le coloca una fuente con una montaña de croquetas en la mesa. Enfadada, de golpe le viene a la mente como un flash de cuando Jose y ella salían juntos por el pueblo, de cómo todas las chicas de su edad la miraban celosas de su felicidad y se acuerda de su risa y las bromas que le hacía. Otro flash le recuerda cuando decidió dejar a su familia y la posibilidad de ir a la universidad para mudarse a vivir con Jose y entrar a trabajar al bar.

En silencio, comen los dos. Al cabo de un rato Jose exclama:

- ¡Mira que están buenas estas croquetas! ¡Por eso te quiero tanto! ¿Las has hecho con la carne de la caza que te traje el otro día, verdad?

Y sigue devorando como si fuera un león hambriento y enfurecido.

A Jose nunca le había ido muy bien en sus relaciones anteriores. Daba igual si habían sido románticas o amistosas. Siempre había encontrado el punto ideal para poder escapar de ellas o para que lo soltaran. De pequeño daba el perfil del típico niño mimado y con sobrepeso debido a las lasañas de medio kilo que su madre le ponía para comer todos los viernes y que muy gustosamente se metía entre pecho y espalda. Sin embargo, esto le suponía pagar un precio muy alto, el de ser insultado y ninguneado por los niños de su clase.

Ya de joven, había conseguido establecer alguna relación seria con algunas chicas. Todas vulnerables como él, enternecidas por su falta de autoestima y timidez que deseaban demostrarse a sí mismas un cierto grado de falso coraje ante la posibilidad de amar a alguien con el que poder asentarse en un futuro seriamente. Sin embargo, Jose a los pocos meses se quitaba ese disfraz de corderito y empezaba a mostrar desinterés y hartazgo, lo cual desembocaba en la crónica de una ruptura anunciada.

Hasta que apareció Toñi. Jose ya había madurado mucho como hombre y la alegría, carácter y actitud valiente frente a la vida de ella lo cautivó. Lo

dejó perplejo. Y se convenció de que ella era la única.

El reloj de la cocina marca las nueve de la mañana del sábado. Unos golpecitos flojos a la puerta de la casa despiertan a Toñi de su ligero sueño angustioso y se levanta de la cama. A través de la mirilla, descubre que es el cartero con una carta en sus manos. Abre la puerta sigilosa y éste le entrega un sobre con su nombre completo en el dorso. Lo abre rápidamente y lee nerviosa la carta donde le dan la enhorabuena por haber adivinado el enigma semanal propuesto en su programa favorito de la radio. Adjunto a la carta encuentra un cheque de un valor cuantioso. Toñi estalla de emoción y no puede evitar abrazar al cartero que la acoge en sus brazos. Un fuerte ruido seco se escucha de golpe en medio del silencio matinal. Se despegan sus cuerpos y se miran con los ojos completamente abiertos y sorprendidos el uno al otro. Toñi siente un calor ardiente en su corazón y el cartero siente mariposas recorriendo su vientre. En cuestión de segundos ambos caen desplomados al frío mármol del rellano, inmutables para siempre.